

Olivares Molina, C. (ed.) (2020): *Escenas de Escritura. Sobre filosofía y literatura*, Santiago de Chile: Pólvora Editorial, 378 pp.

En ocasiones debe uno renunciar a “decirlo todo”, por ejemplo, de un libro como este: *Escenas de Escritura*; un libro que quisiéramos reseñar, a pesar de o precisamente porque uno quisiera quedar auspiciado bajo cierto derecho, el “derecho a decirlo todo” de la literatura, tal como se plantea en este libro en su conjunto. Renunciar a “decirlo todo” precisamente porque se tenga el “derecho a decirlo todo” y para que este derecho sea también el de otros, digamos, el de los lectores de este libro, el derecho a que uno no lo haya dicho todo para que otros tengan también este derecho. Este derecho es, efectivamente, la otra cara del “derecho al secreto”, a que algo no sea dicho y quede resguardado a un conjunto más restringido, digamos, el de los lectores de este libro, por ejemplo. Para que este derecho se pueda ejercer hay también que renunciar a “decirlo todo”.

Cristóbal Olivares Molina firma la edición de estas escenas y la preside con un estudio introductorio en el cual no solo se nos dice qué nos vamos a encontrar, sino con quién, quiénes firman, qué firma es esa a cada pie de título. No podemos hacer justicia a ese estudio introductorio en el espacio de una reseña y tampoco a lo que ese estudio ofrece como entrada a las *Escenas de Escritura*, de modo que nuestra estrategia debe ser, insisto, la de la *renuncia* a “decirlo todo”. No obstante, debe quedar al menos *reseñado* que este generoso estudio nos permite entender la unidad de un libro que está pensado para que no haya, como tal, una unidad, incluso para cuestionar la idea misma de unidad. El “asunto” que reúne los distintos textos es el inmenso espacio de la *escritura*. Nada más los une. Nada menos debe uno esperar al leerlo. Por esta circunstancia es un libro que merece ser leído, porque es una colección de *escenas* que nos permiten asistir a ese fenómeno de la *escritura*.

La apertura de estas *escenas* es legada a Derrida, a una entrevista a propósito de la literatura, de esa *extraña institución*. Aquí es traducida de nuevo, presentada de nuevo, como *escena* en estas *escenas* para presidir y articular la no-unidad del texto. Junto al estudio de Cristóbal Olivares Molina, esta primera *escena* enmarca todas las demás, estableciendo la fina línea de demarcación (tremendamente flexible y desdibujada; dibujada a partir de desdibujar las fronteras) que podríamos pensar como guía para reunir el resto de los textos.

Pertenece a la responsabilidad de quien reseña, al menos, dar la lista de los autores, la cual da la dimensión del libro, su heterogeneidad. Esta lista termina de dar cuenta de las razones por las cuales lo que digamos estará en el orden de haber *renunciado a decirlo todo*. Autores en este libro, además de los mencionados, son: Samir Haddad, Martin Hägglund, Diamela Eltit, Héctor Hernández Montecinos, Gayle Salamon, Sergio Rojas, Silvia Schwarzböck, Rubén Carmine Fasolino, Marc Crepón y Avital Ronell. Cada uno es director de su *escena*. Nosotros, recogiendo asuntos que aparecen en ellas, ofreceremos algo así como un *tráiler*.

En el curso *¿Qué significa [o: llama] a pensar?*, Heidegger comenta de pasada que todavía no nos hemos hecho cargo del poder de la literatura. Él se queda con la europea, quizá porque ese fenómeno, el fenómeno de la *extraña institución de la literatura* es europeo, o sea, es *Europa* y, solo por eso, luego, también otras localizaciones geográficas previamente *colonizadas* por *Europa*, esto es, por la modernidad. Hacernos cargo de ese poder es, quizá, hacernos cargos de la posibilidad de esa *extraña institución*, de su pensabilidad en el seno de las instituciones, de lo que la modernidad acarrea consigo al imponerse como proyecto global. Es pensar, por tanto, irremediablemente las “funciones políticas” y el “derecho a la filosofía” (véase el texto de Samir Haddad), que están en sintonías al “derecho a decirlo todo”, “al secreto” y, también, a *renunciar*, a *abdicar* y *claudicar*, etc.

Pues esta *institución* (que siéndolo, por tanto, entra en todas las lógicas que pertenecen a las otras *instituciones europeas* o *modernas*) es aquella que resiste a su propia condición, que, escapando por la tangente, genera, en el seno del propio proyecto de homologación y allanamiento moderno, espacios *residuales*, *excedentes*, *resistentes*<sup>1</sup>. Su poder es, por tanto, cierto no-poder, cierta irreductibilidad, incluso en cuanto *institución*, es decir, incluso allí donde se pretende homologar y allanar lo literario –a saber, igualarlo a todo lo demás, hacerlo entrar en el intercambio general, etc.–. Este poder-no-poder pertenece al núcleo eidético de la *escritura*, a lo que no se deja institucionalizar desde los espacios que la propia *institucionalización* proporciona (literatura, filosofía, ensayo periodístico, tratado histórico, narrativa, diario, ficción, etc.). Tal *poder-no-poder* genera, por tanto, sus propias *escenas*; aquellas que desestabilizan en la estabilidad de su legitimidad (de sus permisos para publicar, de sus derechos de autor, etc.). Su *poder*, su *capacidad para*, es precisamente la de *no-poder*, la de *no dar capacidad para*, es decir, la de mostrar, en el seno del *poder*, de aquello que es pensable como *voluntad de poder*, la *impotencia: impotencia* del que y la que es avasallada, violada, repudiada, exiliada (extranjera o inmigrante), repudiada, censurada, apartada, odiada o discriminada, etc., cuyos *discursos* no pueden ser, por definición (por estricto seguimiento del principio de no contradicción), normativizados. Este conjunto no excluye, en principio, siquiera a aquellos que podrían identificarse como los que ejercen el poder; también ellos son *escritos* o *inscritos* como *desterrados* y *desarraigados*<sup>2</sup> en estas *escenas*.

Todo ello en esa *extraña institución*, como *norma*, como *poder: poder-no-poder, norma-no-normativizada*. Esa *impotencia* es, de todas formas, su *poder*, el *poder* para ser leídos y escuchados. Esto, ciertamente, como decía Lacan, implica también que se abran las esclusas. Nosotros, bien entrados ya el siglo XXI habitamos entre diques rotos, en lo más inquietante, que ya no llama a nuestra puerta sino que somos nosotros los que llamamos a la suya.

Esta *impotencia* –así como *impertinencia*– es también la que le pertenece al gesto narcisista de escribir (véase el texto de Héctor Hernández Montecinos en este volumen), de querer decirse y decir eso que pasa por el propio enamoramiento

<sup>1</sup> Cf. Julían Santos Guerrero, «Resistir. *Dérida la psychanalyse*». En Marinas, J. M., Villacañas J. L. y Carmine Fasolino, R. (eds.). *Espectros de Derrida. Sobre Derrida y el psicoanálisis*, Madrid: Guillermo Escolar Editores, 2019, pp. 39-51.

<sup>2</sup> Solo hay un discurso hegemónico y no comparte su poder. De este discurso nadie es *sujeto de su enunciación*. De él todos somos *función* de su *discurrir*. Lacan ha intentado ponerlo en pie como el *discurso del capitalista*. Por eso también los que se identifican como aquellos que “ejercen el poder” son tan desarraigados como todos los demás, pues también estos son *función* de ese discurso que ha infectado todos los discursos.

(fantasmagórico, como todo enamoramiento) de uno mismo. Esta *impotencia*, *doble* (en el sentido en el que esta palabra aparece *soplada* por y en Artaud) del *poder*, conlleva *crueldad*. La *crueldad* de las escenas de *impotencia* –e *impertinencia*–, no solo ante la violencia recibida o ejercida, no la “crueldad”, por así decir, vulgar de la sangre (que también, por supuesto), sino aquella que es la misma con la que se dice *la vida* (por tanto, también, con la que se dice la muerte) en todas sus escenas; las mismas que, quizá, esclusas abiertas, ya no sabemos (no somos capaces, capaces de soportar, de resistir) calificarlas de crueles. Por ejemplo, todas las escenas de identidad –e identificación–, todas las escenas de reivindicación nacional (sobre todo, de nacionalidades literarias), todas las escenas en las que prematuramente se dice *deseo* en alguna de sus formas (aquellas en las que la lengua debería quebrarse, como se quiebra una rama ante la presión suficiente para romper la tensión de sus enlaces moleculares, si alguien dice, por fin: “este es *mi deseo*”).

*Escribir* es, acaso, todo eso, todos los intentos *impotentes* e *impertinentes* de “sobrevivir a la pérdida del mundo” (título del texto de Marc Crépon, en este libro). *Escribir* es siempre una *impotente/impertinente carta al padre* (de ello habla Avital Ronell en este libro), la ligazón de un *deseo* (véase el texto en este libro de Martin Hägglund) en el que estamos *entramados* (nos lo *escribe* Diamela Eltit) y que nos obliga a *justificarnos* (cf. el texto de Gayle Salamon) y “narrar desde el olvido” (título del texto de Sergio Rojas).

En estas *escenas* (ahora se entiende perfectamente el plural) hay, seguramente, más de un *caso* (véase el texto de Rubén Carmine Fasolino) de fracaso en la búsqueda de un *extrañamiento* más radical de uno mismo, de una despersonalización más, en la búsqueda de *renunciar a decirlo todo* y *decir* todo lo que se tenga que decir en *retirada*, en la retirada a un pequeño cuarto de estudiante donde cada uno haga sus propias compras. Y en esa *retirada*, *decir el allanamiento*, al menos para *allanar el terreno* a otros, a los que estén por-venir, etc.

Este libro ha sido publicado en Chile y allí tiene, estamos seguros, una *escena* para su recepción, a saber, la *escena* Latinoamericana. Pero debiera poder tener también una aquí; *aquí* que es vieja Europa, aunque a España le cueste entrar en esa vejez europea y se resista a reconocer su pertenencia (una resistencia en todos los niveles de ella misma, es decir, también allí donde un país de esa vieja Europa ve con malos ojos esta España). Estas líneas, este *tráiler* pretende solamente abrir la posibilidad de que haya una lectura de este texto *aquí*. Cada autor que compone el volumen habla (*escribe*) con su propia voz y cada uno puede leerse independientemente de los otros. Pero hay cierta *poder-no-poder* en leerlos todos juntos: nos da una visión de esas esclusas abiertas y diques rotos, nos pone en guardia, pues habitamos entre ruinas, también entre ruinas literarias.

Guillermo Moreno Tirado